



**ROYAL
DE LUXE**
NANTES

El Gigante de Guadalajara

**Creación 2010
Guadalajara**

Cuando Hidalgo dio el grito de Dolores, resonó en todo México y mucho más allá: à través del tiempo.

En esa época, un Gigante trepado en la montaña lo escuchó... era un campesino solitario de madre indígena y padre criollo. Pero cuando el Gigante apareció ante el ejército rebelde, los hombres tuvieron tanto miedo que, para evitar que lo masacraran, Hidalgo lo mandó meter en un sarcófago y lo escondió en alguna parte de Guadalajara. No sabemos a ciencia cierta quienes se encargaron de esta tarea porque murieron en las batallas que sacudían al país. Muchos historiadores se preguntan hoy sobre la ubicación de su sepultura.

Cien años más tarde, en 1910, la sobrina de este Gigante, llamada "Pequeña Giganta", se instaló en el Estado de Morelos (del mismo nombre del ilustre combatiente que continuó la obra de Hidalgo por la Independencia). Algunos cuentan que ella había emprendido el viaje para reencontrar a su tío; otros dicen que Zapata, en una noche de luna llena, habría hablado con ella. Aún así, ningún testigo puede confirmar esta leyenda. La única que vivió este encuentro fue la Pequeña Giganta misma, que, si bien estaba dotada del poder de viajar en el tiempo, no tenía el don de la palabra. En efecto, la Pequeña Giganta no habla, pero retiene en sus ojos los estruendos, los remolinos y las esperanzas de la Historia de Los Hombres.

¿Qué dios decidió en este año de 2010 precipitar desde el cielo en la ciudad de Guadalajara un mural hasta ahora desconocido de Diego Rivera para advertir a la Pequeña Giganta que había llegado la hora de reencontrarse con su tío? Al día siguiente, un bulto fue depositado en una plaza: se trataba de un bloque de hielo que contenía a Xolotl, el perro-dios de dientes de obsidiana, dormido y ofrecido en regalo a la Pequeña Giganta. Algunos días más tarde, cuando el hielo se derritió, el Xolo correteaba por las calles y gracias a su olfato encontró la ubicación del sarcófago. Liberado el Gigante, los tres compañeros desaparecieron con un poco de tierra de México.

¿Será una leyenda susurrada por las montañas? ¿O simplemente una de las historias que Frida Kahlo deslizaba en los oídos de Diego Rivera para arrullarlo? ¿O quizás una quimera dulce y violenta que Orozco percibía por transparencia en los muros de la ciudad? Sea lo que fuere, en las noches de tormenta podemos escuchar todavía la carcajada de Pancho Villa retumbar en los cielos de México.